

## LIBRO V

La disociación del carácter de las razas  
y su decadencia.

---

### CAPÍTULO PRIMERO

CÓMO LAS CIVILIZACIONES SE DEBILITAN  
Y SE EXTINGUEN

Disolución de las épocas psicológicas.—Cómo disposiciones hereditarias que han necesitado de siglos para formarse pueden perderse rápidamente.—Es necesario siempre un tiempo muy largo para que un pueblo se lleve á un alto grado de civilización y á veces muy corto para que descienda en su cultura.—El principal factor de la decadencia de un pueblo es el rebajamiento de su carácter.—El mecanismo de la disociación de las civilizaciones ha sido hasta aquí el mismo para todos los pueblos.—Síntomas de decadencia que presentan algunos pueblos latinos.—Desenvolvimiento del egoísmo.—Disminución de la iniciativa y de la voluntad.—Rebajamiento del carácter y de la moralidad.—La juventud actual.—Influencia probable del socialismo.—Sus riesgos y su fuerza.—Cómo retrotraerá las civilizaciones que se le sometan á formas de evolución del todo bárbaras.—Pueblos de los cuales el socialismo podrá triunfar.

Lo mismo que las especies anatómicas, las especies psicológicas no son eternas. Las condiciones del medio que mantienen la estabilidad de sus

caracteres no subsisten siempre. Si los medios llegan á modificarse, los elementos de constitución mental mantenidos por su influencia acaban por experimentar transformaciones regresivas que les conducen á la desaparición. Siguiendo leyes fisiológicas, aplicables á las células cerebrales y las demás del cuerpo y que se observan en todos los seres, los órganos pueden desaparecer en un tiempo muchísimo más corto del que necesitaron para formarse. Todo órgano sometido á inacción deja pronto de poder funcionar. Los ojos de los peces que viven en los lagos de las cavernas, se han atrofiado por el largo desuso, y esta atrofia ha venido al fin á ser hereditaria. No hay que considerar sino que en la corta duración de la vida individual, un órgano que ha necesitado alrededor de dos mil años para su formación se atrofia rápidamente cuando se deja de ponerle en acción.

La constitución mental de los seres no escapa á la influencia de esta ley fisiológica. La célula cerebral que no es ejercitada pierde sus propiedades activas y las disposiciones mentales, que han necesitado siglos para formarse, pueden perderse rápidamente. El valor, la iniciativa, la energía, el espíritu de empresa y otras diversas cualidades de carácter, que sólo se adquieren con una lentitud hartamente secular, pueden rápidamente desvanecerse cuando no hallan ocasión de manifestarse en acciones. Así se explica que un pueblo necesite un

larguísimo período para elevarse á un alto grado de cultura y le baste un poco tiempo para descender luego á la mayor decadencia.

Cuando se examinan las causas que han conducido sucesivamente á la ruina á los pueblos más poderosos de que nos habla la historia, ya se trate de los persas, ya de los romanos ó de otros, se ve que el factor fundamental de su degradación fué siempre un cambio de la constitución mental de los mismos, resultante del rebajamiento de su carácter. No hay uno que haya desaparecido por consecuencia del rebajamiento de su inteligencia.

Para todas las civilizaciones desaparecidas, el mecanismo de la disolución ha sido el mismo, hasta el punto que hay que preguntar, como lo ha hecho un poeta, si todos los libros de la historia tienen más de una sola página. Cuando un pueblo llega á alcanzar el grado de civilización y de poder necesario para estar á cubierto de los ataques de los pueblos que le rodean, es cuando comienza á disfrutar los beneficios de la paz y el bienestar que proporcionan las riquezas; las virtudes militares se pierden, los adelantos de la civilización van creando nuevas necesidades y se desarrolla considerablemente el egoísmo. No habiendo más móvil que el deseo del goce de riquezas adquiridas rápidamente, los ciudadanos abandonan la gestión de los negocios públicos al Estado oficial, y pronto pierden todas las cualidades que habían producido su

grandeza. Entonces, los pueblos vecinos del decadente, bárbaros ó semibárbaros, que tienen unas necesidades muy sencillas y pocas, y unos ideales muy vivos, é invaden al país civilizado y agotado, y forman una nueva civilización con los restos de la que han destruído. Es así como á pesar de la poderosa organización de los romanos y la de los persas, los bárbaros conquistaron á Roma y los árabes á Persia, destruyendo los dos poderosos imperios, lo cual no se debió, pues, á la falta de cualidades intelectuales de los pueblos invadidos, que bajo este aspecto se hallaban muy por encima de los invasores. Fué precisamente cuando ya Roma llevaba en sí los gérmenes de su decadencia, es decir, bajo la dominación de sus primeros emperadores, el tiempo en que produjo los más distinguidos literatos, artistas y sabios. Casi todas las obras que denuncian su grandeza pertenecieron á esta época. Pero ella había perdido este elemento fundamental, que no podrá reemplazar ningún desenvolvimiento de la inteligencia: *el carácter* (1). Los romanos de los tiempos antiguos tenían necesidades muy simples y un ideal poderoso, que era el engrandecimiento de Roma. Este ideal les domina-

(1) «El mal que sufriría entonces la sociedad romana—dice M. Fustel de Coulange—no era la corrupción de las costumbres, sino la molición de la voluntad, y, por decirlo así, la enervación del carácter.»

ba de tal modo que cualquier ciudadano se hallaba presto á sacrificarle su familia, su vida y su fortuna. Cuando Roma era el polo del Universo, la ciudad más rica y poderosa del mundo, fué invadida por extranjeros procedentes de multitud de partes y les reconoció el derecho de ciudadanía. No queriendo sino gozar del lujo y los placeres sensuales, la Ciudad soberana ya no se interesaba en su gloria. Vino á ser una especie de gigantesco y magnífico caravanserrallo; pero ya no era Roma. Parecía bastante viviente aún, pero su alma estaba muerta desde hacía tiempo.

Causas análogas de decadencia amenazan á nuestras civilizaciones; pero hay que añadir á ellas otras, debidas á la evolución producida en los espíritus por los descubrimientos científicos modernos. La ciencia ha renovado todo nuestro caudal de ideas y ha quitado la autoridad á nuestras concepciones religiosas y sociales. Ha enseñado al hombre el mínimo papel que hace en la inmensidad del universo y la absoluta indiferencia que la Naturaleza tiene respecto á él. Ha comprendido que el concepto de «libertad» ha nacido de la ignorancia de fatales causas que le esclavizan y que, dentro del engranaje de necesidades que rigen la vida entera de los seres, la condición de éstos es la de esclavos. Ha comprobado que la Naturaleza ignora la piedad y que todos los progresos realizados por ella no lo han sido sino por medio de una selección

despiadada que amenaza sin cesar aplastar á los débiles en beneficio de los fuertes.

Todas estas concepciones frías y rígidas, tan opuestas á las anticuadas creencias de nuestros padres, han producido inquietantes conflictos en las almas y en los cerebros ordinarios han engendrado esa especie de anarquía que parece ser la característica de los hombres modernos. En la juventud artística y literaria estos mismos conflictos han provocado una especie de morbosa indiferencia, destructora de toda voluntad, una incapacidad completa para entusiasmarse por nada y un culto exclusivo de los más inmediatos y personales intereses.

Comentando esta justísima reflexión de un escritor moderno: «que el sentido de lo relativo domina el pensamiento contemporáneo», un ministro de Instrucción pública proclamó con evidente satisfacción en un discurso, «que la substitución de las ideas relativas á las abstractas, en todos los órdenes de los conocimientos humanos, es la conquista más grande realizada por la ciencia.» Esta conquista diputada nueva, es en verdad muy antigua. Hace muchos siglos que la realizó la filosofía de la India. Y en verdad que no debemos felicitarnos por lo mucho que se va extendiendo: que el verdadero peligro para la sociedad moderna está, precisamente, en que sus hombres pierden toda confianza en el valor de los principios que la sir-

ven de apoyo. No creo que haya existido una sola civilización, una sola institución, una sola creencia que haya podido subsistir apoyándose nada más que en las ideas que sólo tengan un valor relativo; y si el porvenir parece pertenecer á las ideas socialistas, que condena la razón, es justamente porque sus apóstoles hablan en nombre de verdades que proclaman absolutas. Las multitudes se inclinarán siempre ante quienes les hablen en nombre de verdades absolutas y desdeñarán á los demás. Para ser hombre de Estado es necesario comprender las ilusiones de las multitudes, abandonar las abstracciones filosóficas y penetrar así en el alma de las masas. Las cosas no cambian casi, pero las ideas de ellas pueden cambiar mucho; y sobre estas ideas es sobre lo que hay que saber obrar.

Sin duda, del mundo real no podemos conocer sino apariencias, tener simples estados de conciencia de un valor relativo nada más; pero la sociología no puede por menos que reconocer que para una sociedad determinada y en un tiempo dado de su evolución, tiene que haber condiciones de existencia, leyes morales, instituciones que tienen un valor absoluto: pues esta sociedad no podría subsistir sin ellas. Desde que su valor empieza á ser desatendido y la duda mina su base, la sociedad queda condenada á desaparecer en breve.

Las verdades que pueden ser enseñadas fogosa-

mente, caldeadas de entusiasmo, son fuertes contra toda ciencia. El nihilismo filosófico, que personas autorizadas propagan hoy entre espíritus sencillos, conduce á éstos inmediatamente á admitir la consecuencia de *la injusticia absoluta de nuestro orden social*; el absurdo de toda jerarquía les inspira odio contra todo lo existente, y ya les conduce al socialismo, ya á la anarquía. Los hombres de Estado modernos se muestran persuadidos de la influencia de las instituciones y en cambio conceden poca importancia á las ideas, no obstante enseñarles la ciencia, que las primeras son hijas de las segundas y no pueden subsistir sin su apoyo. Las ideas representan los resortes invisibles de las cosas. Es siempre para un pueblo una hora desgraciada aquella en que sus ideas tradicionales descienden á la sombría necrópolis en donde reposan los dioses muertos.

Dejando á un lado las causas para estudiar los efectos, hay que reconocer que una gran decadencia amenaza la vitalidad de la mayor parte de las naciones de Europa y especialmente de las llamadas latinas, que lo son en realidad, si no por la sangre, por la educación y las tradiciones. Ellas pierden cada día más su iniciativa, su energía, su voluntad y su aptitud para proceder. La satisfacción de las necesidades materiales, cada vez mayores, tiende á ser su aspiración única y su único ideal. La familia se disuelve y aflójase los resor-

tes sociales. El descontento y el malestar se difunden por entre todas las clases de la sociedad. Semejante al barco que sin brújula navega al arbitrio de los vientos, el hombre moderno camina al azar en los espacios del espíritu que antes habitaban los dioses y que las ciencias han dejado desiertos. Ha perdido la fe, y á la par la esperanza. Habiendo llegado á ser con tanto exceso impresionables y volubles las multitudes, que no hay barrera que contenga su ánimo anheloso, y parecen condenadas á oscilar entre la más furiosa anarquía y el más duro despotismo. Se las puede atraer con la palabra, pero sus divinidades de un día, son pronto sacrificadas por ellas mismas. Aparentemente sostienen la libertad con ardor, pero en realidad la rechazan y piden al Estado, de continuo, que forje cadenas con que esclavizarlas. Ellas obedecen ciegamente á los más oscuros sectarios y acatan las más despóticas limitaciones. Los retóricos que creen guiar las masas y que con más frecuencia lo que hacen es seguirlas, confunden la impaciencia y la nerviosidad, que exige cambiar á cada instante de jefes, con el verdadero espíritu de independencia, que impide soportar *algún* jefe. El Estado, sea cual fuere el régimen establecido, es la divinidad á la cual se dirigen todos los partidos. A él se reclama una reglamentación y una protección, cada vez más pesada, que envuelva los menores actos de la vida, en formalidades bizanti-

nas y tiránicas. La juventud se va mostrando rebelde á las carreras que demandan juicio, iniciativa, energía: esfuerzo personal, en una palabra. Las menores responsabilidades les espantan y se conforman con el mediocre horizonte que ofrecen los destinos asalariados por el Estado. Los comerciantes ni emprenden, ni parece que conozcan el camino de las colonias, y éstas no están pobladas sino por funcionarios del Estado (1). Las energías de la acción están reemplazadas entre los políticos por discusiones personales espantosamente bajas; en las multitudes, por entusiasmos ó cóleras de un día; en los literatos, por una especie de sentimentalismo llorón, impotente y vago, y por lánguidas

(1) De un discurso pronunciado en la Cámara de los diputados el 27 de Noviembre de 1890, por M. Etienne, subsecretario de Estado de las Colonias, copiamos los tres pasajes siguientes:

«La Cochinchina comprende 1.800.000; en este total van incluidos 1.600 franceses, de los cuales 1.200 son funcionarios; está administrada por un consejo colonial elegido por estos funcionarios; tiene un diputado, ¡y quieren ustedes que no reine la anarquía en este país!»

«...Semejante sistema produce el fenómeno que de nuestro presupuesto, reducido á 22 millones, 9 son absorbidos por los funcionarios.

«Si, en 1877 hice por reducir el gasto correspondiente á los funcionarios y lo reduje en 3.500.000 francos. Tomé esta medida el mes de Octubre... Pues en el mes de Marzo siguiente se repusieron todos los funcionarios que yo había suprimido.»

disertaciones sobre las miserias de la vida. Un egoísmo sin límites se va desenvolviendo por todas partes. El individuo acaba por no tener otra preocupación que su propia persona. Las conciencias capitulan y la moralidad general se rebaja y se extingue gradualmente (1). El hombre pierde

(1) El rebajamiento de la moral es grave cuando se manifiesta en profesiones tales como la Magistratura y el Notariado, en las cuales la probidad es tan antigua como el valor en lo militar. En lo que concierne al Notariado, la moralidad ha descendido á un bajo nivel. Las estadísticas oficiales prueban que hay en el Notariado 43 acusados, por cada 10.000 individuos, lo cual es en Francia igual á uno por cada 10.000 habitantes. En una Exposición del guarda sellos al presidente de la República, publicado por *l'Officiel*, el 31 de Enero de 1890, encuentro el siguiente pasaje: «La inquietud en el público se acrecienta progresivamente hasta el punto que, en 1876, uno de mis predecesores llamó la atención de los magistrados del estrado, sobre la situación del Notariado. Las destituciones y las catástrofes notariales se reproducen con desacostumbrado carácter de gravedad y frecuencia. La cifra de siniestros se eleva de 31, en 1882, á 41, en 1883; á 54, en 1884; á 71, en 1886, y el total de actos punibles cometidos por los notarios se eleva por encima de 62 millones en el período comprendido entre 1880 y 1886. En 1889, en fin, 103 notarios han tenido que ser destituidos unos y obligados á ceder sus plazas, otros.» Si junto á esto se ponen irregularidades frecuentes de nuestras más grandes empresas financieras (*Depósitos y cuentas corrientes, Panamá, etc.*), es necesario reconocer que las invectivas que lanza el socialismo sobre las clases directoras no carecen de fundamento. Los mismos síntomas de profunda desmoralización se observan

todo imperio sobre sí mismo, no sabe dominarse, y el que no sabe dominarse está condenado á ser pronto dominado por otro.

Cambiar todo esto exige un esfuerzo poderoso. Habrá que comenzar cambiando nuestra lamentable educación latina, que despoja de iniciativas y energías y extingue todo resplandor de independencia intelectual, imponiendo por ideal á la juventud estudiantil el concurso antipático de estudios que no necesitan sino la acción de la memoria, y que dan por resultado colocar en primer lugar en todas las profesiones á los hombres cuyo cerebro respectivo tenga la más servil aptitud para la imitación y que, por lo mismo, son los más incapaces para desenvolver en sí grandes individualidades y para realizar estimables esfuerzos personales. «Yo procuro echar hierro en el alma de los niños» —dijo un instructor inglés á Guixot, que visitó las escuelas de la Gran Bretaña.—¿Dónde están en las naciones latinas los instructores ni los programas que traten de realizar una aspiración

desgraciadamente en todos los pueblos latinos. El escándalo de los Bancos del Estado, en Italia, del que resultó que habían irregularizado en términos asombrosos elevados políticos; la quiebra de Portugal; la miserable situación financiera de España y de Italia, y la decadencia profunda de las repúblicas latinas de América, prueban que la moralidad de ciertos pueblos ha recibido incurable herida y que el desempeño de su papel en el mundo está próximo á terminar.

semejante? El régimen militar acaso le realizará. El es, en todo caso, el educador único que lo puede realizar. Para los pueblos que se postran, una de las principales condiciones de reconstitución es la organización de un servicio militar muy duro y la amenaza constante de guerras desastrosas.

A este rebajamiento del carácter, á la incapacidad de los ciudadanos para gobernarse á sí mismos, y á su egoísta indiferencia, se debe la dificultad con que los pueblos latinos tropiezan para vivir bajo leyes liberales, tan lejos del despotismo como de la anarquía. Que sean tales leyes poco simpáticas á las multitudes, se comprende; porque para ser equitativas no son igualitarias, mientras que el cesarismo les promete, ya que no la libertad, la igualdad en la servidumbre; y que, por el contrario, las instituciones republicanas hallen las mayores dificultades para hacerse aceptar, es cosa que no se comprende sino dándose uno cuenta de lo mucho que pesan en la conducta las influencias ancestrales. ¿No es con tales instituciones con las que todas las superioridades, y las intelectuales muy singularmente, se pueden manifestar de más vigorosa manera? Se podrá decir que el único inconveniente positivo de estas instituciones para los igualitarios á ultranza, es el de permitir la formación de aristocracias intelectuales poderosas. El más opresivo de los regímenes, así para el carácter como para la inteligencia, es el cesarismo bajo

sus diversas formas. Nada más fácil para él que establecer la igualdad en la baja; la humildad en la servidumbre. Es el mejor adaptado á las necesidades inferiores de los pueblos en decadencia; tanto que desde que éstos se le sobreponen, renacen y se elevan. Fatal es para la vida de los pueblos la hora en que el penacho de un general cualquiera les domina y les conduce.

Actualmente experimenta una manifiesta evolución el cesarismo, que los pueblos vieron siempre brotar en las horas finales de su historia y en el anochecer de las civilizaciones. Ahora le hemos visto nacer bajo el nombre de socialismo. Esta nueva expresión del absolutismo del Estado será, de seguro, la más dura forma del cesarismo, porque siendo impersonal escapará á todos los motivos de temor que retienen á los peores tiranos.

El socialismo parece ser hoy el más grave de los peligros que amenazan á los pueblos europeos. El pondrá triste remate á una decadencia que preparan múltiples causas, y acaso marcará el fin de las civilizaciones de Occidente.

Para comprender estos peligros no hay más que considerar las enseñanzas que propaga ó bien la abnegación que inspira. El socialismo constituirá pronto la creencia nueva de esta multitud inmensa de desheredados, á los cuales las condiciones económicas de la civilización crean fatalmente una existencia demasiado dura. Será la religión nueva

que poblará los cielos vacíos. Religión que reemplazará en todas las almas que no puedan soportar la miseria sin ilusiones, los luminosos paraísos que dejaban entrever antiguamente las vidrieras de los templos. Esta gran entidad religiosa de mañana ve crecer con rapidez la masa que forman sus creyentes. Pronto tendrá sus mártires y será entonces uno de esos credos religiosos por los cuales se sublevan los pueblos, y cuyo poder sobre las almas es absoluto.

Que los dogmas del socialismo conducen á un régimen de baja servidumbre que destruirá toda iniciativa y toda independencia en los espíritus que se le sometan, es evidente sin duda, pero solo para los psicólogos conocedores de las condiciones de existencia de los hombres. Tales previsiones son inaccesibles á las multitudes. Es necesario el uso de otros argumentos para persuadirlas, y estos argumentos no han sido nunca extraídos del campo de la razón.

Que los dogmas nuevos que nosotros vemos nacer son opuestos al más elemental buen sentido, es cosa evidente también; pero los dogmas religiosos que han conducido por el camino de la vida durante siglos á nuestro mismo pueblo, ¿no eran falsos también, y sin embargo doblegaron á su imperio las más privilegiadas inteligencias? En cuestiones de creencias el hombre no atiende sino á sus propios sentimientos; forman un oscuro y poderoso

dominio en el cual la razón no tiene jamás entrada.

Pues bien, por el solo efecto de la constitución mental que un largo pasado les ha formado á los pueblos de Europa, éstos quieren sujetarse á sufrir el temible desenvolvimiento del socialismo entre ellos, que marcará una de las últimas etapas de la decadencia europea, revestirá á la civilización de formas inferiores de evolución y hará fácil las invasiones destructoras que nos amenazan.

Fuera de Rusia, cuyas poblaciones son, desde el punto de vista psicológico, más asiáticas que europeas, no hay en nuestro continente más nación que Inglaterra que posea una energía grande, creencias firmes y un carácter independiente, para defenderse aún durante algún tiempo de la nueva religión que vemos desarrollarse. La Alemania moderna, no obstante su cacareada prosperidad, será la primera víctima sin duda, á juzgar por hechos de diversa índole que se observan en ella. El socialismo que la arruinará, estará revestido de fórmulas científicas rígidas, buenas todo lo más para una sociedad ideal que la humanidad no producirá nunca; pero el último hijo de la *Razón pura* será más intolerante y más resistente que todos sus antecesores. Ningún pueblo se halla tan bien preparado como Alemania, para ser esquilado por el socialismo, porque ninguno ha perdido tanto la inicia-

tiva, la independendia y la aptitud para gobernarse á sí mismo (1).

Cuanto á Rusia, considérese que ha salido hace muy poco y de modo incompleto aún, del régimen del *mir*; es decir, del más primitivo y perfecto modo de socialismo, para soñar ahora en el retorno á esta etapa inferior de evolución. Esta nación tiene otros destinos. Acaso de ella salgan algún día las formidables hordas de bárbaros llamadas á destruir las civilizaciones de Occidente, de las cuales habrán preparado el fin las luchas económicas y el socialismo.

Pero todavía no ha llegado tan triste hora, de la que nos separan aún algunas etapas. El socialismo será un régimen muy opresivo para poder durar. El hará reaparecer la edad de Tiverio y de

(1) Los más eminentes escritores alemanes se hallan muy de acuerdo sobre este punto. En un libro reciente sobre la *Cuestión social*, M. T. Ziegler, profesor de la Universidad de Estrasburgo, se expresa de la manera siguiente:

«Si el *Self-help* es la tendencia dominante en Inglaterra, el recurrir al Estado es la característica de Alemania. Nosotros constituimos un pueblo sujeto á tutela desde hace siglos. Además, durante los últimos veinte años, la férrea mano de Bismark, para asegurarnos la independendia, nos ha hecho perder el sentimiento de la responsabilidad y de la iniciativa. Por esto en los casos difíciles y, aun en los fáciles, nosotros apelamos á la ayuda y á la policía del Estado, y por eso lo abandonamos todo á su iniciativa.»

Calígula, y la sobrepujarán. Se suele preguntar cómo los romanos del tiempo de los emperadores soportaban fácilmente las ferocidades asombrosas de aquellos déspotas... Pues porque habían pasado por el camino agostador de luchas sociales, guerras civiles y proscripciones; habían perdido su carácter y llegaron á considerar tales tiranías como su último recurso de vida; las sobrellevaban apaciblemente, porque no sabían con qué sustituirlas y no las sustituyeron, y bajo ellas llegaron á la desplomación y ruina final bajo el pie de los bárbaros, que acaba con un mundo y comienza otro nuevo. ¡Que la historia da siempre vueltas en un mismo círculo!

## CAPÍTULO II

### CONCLUSIONES

Hemos manifestado en la *Introducción* de esta obra, que no es más que un corto resumen, una especie de síntesis de los volúmenes que hemos publicado sobre la historia de la civilización. Cada uno de los capítulos que le componen debe ser considerado como la conclusión de algunos trabajos anteriores. Es difícil condensar ideas, ya bastante condensadas. Sin embargo, para economizar tiempo á mis lectores, procuraré presentar en forma de proposiciones breves los principales fundamentos que representan la filosofía de esta obra.

—Una raza posee caracteres psicológicos más permanentes que sus caracteres físicos. Como la especie anatómica, la especie psicológica no se transforma sino por acumulaciones operadas durante varias edades.

—A los caracteres psicológicos fijos y hereditarios, cuya asociación forma la constitución mental de una raza, se añaden, como en todas las especies anatómicas, elementos accesorios, creados por diversas modificaciones de los medios. Renován-

dose sin cesar dan lugar á que en las razas se produzca una variabilidad aparente muy extensa.

—La constitución mental de una raza no sólo representa la síntesis de los seres vivientes que la componen, sino más aún: la de los antepasados que han contribuído á formarla. No son, pues, los vivos sino los muertos quienes hacen papel principal en la existencia de los pueblos. Son los creadores de su moral y de los móviles inconscientes de su conducta.

—Las grandes diferencias anatómicas que separan las razas humanas van acompañadas de otras psicológicas no menos considerables. Cuando sólo se comparan los términos medios de las razas unos con otros, las diferencias mentales encontradas serán poco importantes; pero vendrán á ser inmensas cuando se haga caer la comparación sobre los elementos más elevados de aquéllas. Entonces se comprueba que lo que diferencia sobre todo á las razas superiores de las inferiores es que las primeras tienen cierto número de hombres de cerebro muy desenvuelto, mientras las segundas no.

—Los individuos que componen las razas inferiores presentan entre ellos una igualdad manifiesta. A medida que las razas se elevan en la escala de la civilización, sus individuos tienden á diferenciarse más y más. El efecto inevitable de la civilización es diferenciar á los individuos y las razas.

No es, pues, hacia la igualdad adonde marchan los pueblos, sino á una desigualdad creciente.

—La vida de un pueblo y todas las manifestaciones de su civilización, solamente son los simples reflejos de su alma, los signos visibles de *algo* invisible, pero muy real. Los acontecimientos exteriores no son sino la superficie aparente de la trama oculta que les determina.

—No son los accidentes, ni las circunstancias exteriores, ni, sobre todo, las instituciones políticas los que tienen una participación fundamental en la historia de un pueblo. Es más que nada su carácter el creador de sus destinos.

—Los diversos elementos de la civilización de cada pueblo no son sino los signos exteriores de su constitución mental, la expresión de ciertos modos de sentir y de pensar especiales de cada uno de ellos, y que no se podrán cambiar sin que los pueblos muden antes de constitución mental. Sólo se les pueden transmitir formas exteriores, superficiales y sin importancia.

—Las diferencias profundas que haya entre las sendas constituciones mentales de dos pueblos tienen por consecuencia que cada uno de ellos perciba el mundo exterior de formas muy desemejantes, dando esto por resultado que sientan, razonen y ejecuten de formas diferentes y se hallen por tanto en situación de recíproco disentiimiento en todas cuestiones en cuya consideración concurran.

La mayor parte de las guerras que menciona la historia nacieron de este orden de disentimientos. Guerras de conquista, guerras de religión, guerras de dinastía, en realidad han sido siempre guerras de raza.

—Una aglomeración de hombres de orígenes diferentes no llega á formar una raza, es decir, á poseer un alma colectiva, más que cuando por cruzamientos repetidos durante siglos y una existencia semejantes, bajo medios idénticos se producen sentimientos, creencias é intereses comunes.

—Entre los pueblos civilizados no hay casi razas naturales, sino razas artificiales, creadas por condiciones históricas.

—Los cambios de medios no obran hondamente sobre las razas nuevas, es decir, sobre las mezclas de antiguas razas cuyos cruzamientos han desasociado los caracteres ancestrales. Sólo la herencia es poderosa para luchar con la herencia. Sobre las razas en que los cruzamientos no han llegado á destruir la fijeza, los caracteres, los cambios de medio no producen sino una acción destructora. Una raza antigua parece antes que sufrir las transformaciones que exige la adaptación á nuevos medios.

—La adquisición de un alma colectiva sólidamente constituida marca para un pueblo el apogeo de su grandeza. La disociación de tal alma señala el momento de su decadencia. La intervención de elementos extranjeros constituye uno de los

medios más seguros de llegar á dicha disociación.

—Las especies psicológicas experimentan, como las anatómicas, los efectos del tiempo. Están condenadas igualmente á envejecer y extinguirse. Son muy lentas para formarse y pueden en cambio desaparecer con rapidez. Basta turbar profundamente el funcionamiento de sus órganos, para hacerla sufrir transformaciones regresivas cuya consecuencia es una rápida destrucción. Los pueblos se esfuerzan durante muchos siglos para adquirir una constitución mental y la pierden á veces en un tiempo muy corto. El camino ascendente que les conduce á un alto grado de civilización es siempre muy largo; la pendiente que les lleva á la decadencia es con frecuencia muy breve.

—Al lado del carácter se deben colocar las ideas como uno de los factores principales de la evolución de las civilizaciones. No obran sino cuando después de una lentísima evolución se han transformado en sentimientos y, por tanto, han venido á formar parte del carácter. Entonces resisten á la fuerza de todo razonamiento y son firmes y tenaces para desaparecer durante larguísimo tiempo. Toda civilización se deriva de un reducido número de ideas fundamentales, universalmente aceptadas.

—Entre las ideas directoras más importantes de una civilización están las ideas religiosas. De la

variación de las ideas religiosas han brotado la mayor parte de los acontecimientos históricos. La historia de la Humanidad ha marchado siempre paralelamente con la de sus dioses. Estos hijos de nuestra ilusión tienen sobre nosotros tal poder que ni su nombre se puede cambiar sin que en el mundo se produzcan grandes cataclismos. El nacimiento de dioses nuevos ha marcado siempre la hora de la aparición de una civilización nueva, y la desaparición de los dioses, la hora de la decadencia de la civilización á su calor nacida.

## TABLA DE MATERIAS

INTRODUCCIÓN.—*Las ideas igualitarias modernas y las bases psicológicas de la historia*..... 1

Nacimiento y desenvolvimiento de la idea igualitaria.—  
Consecuencias que ha producido.—Lo que ha costado su aplicación.—Su actual influencia sobre las multitudes.—Problemas que se abordan en esta obra.—Factores principales de la evolución general de los pueblos.—¿Se deriva esta evolución de las instituciones?—Elementos de cada civilización: instituciones, artes, creencias, etc., ¿no tienen ciertos fundamentos psicológicos en cada pueblo?—Los accidentes de la historia y las leyes permanentes. .... 1

### LIBRO PRIMERO

Los caracteres psicológicos de las razas.

CAPÍTULO PRIMERO.—*El alma de las razas*..... 9

Cómo clasifican los naturalistas las especies.—Aplicaciones de sus métodos al hombre.—Aspecto defectuoso de